

LA MUJER,

PERIODICO

escrito por una sociedad de señoras y dedicado á su sexo.

Este periódico sale todos los domingos; se suscribe en Madrid en las librerías de Monier y de Cuesta, á 4 rs. al mes; y en provincias 10 rs. por dos meses franco de porte, remitiendo una libranza á favor de nuestro impresor, ó sellos de franqueo.

Nuestro fin principal, nuestro único y esclusivo objeto al comenzar la publicacion periódica en que escribimos no fué por cierto satisfacer un mero capricho, ni darnos á conocer como escritoras, sino el de ser útiles á nuestro sexo, al cual dedicamos nuestras tareas, ofreciéndole los sinsabores que llevaba consigo esta empresa. No han sido por cierto completamente infructuosos nuestros trabajos, pues mas de una inocente se ha librado de los lazos que mannosamente la tendian *nuestros protectores naturales los hombres*; mas de una esposa nos ha dado las gracias por haber restablecido la paz en su casa, y recobrado el amor de su esposo, siguiendo los consejos que hallaban en nuestra humilde publicacion; y muchas son tambien las madres que no cesan de congratarnos porque nuestros artículos les han hecho conocer lo que sus hijas podrian sacar de esa tan brillante sociedad, y variar el plan de educacion de las mismas. Mas estos frutos obtenidos no llenan aun nuestros deseos; queremos que los resultados de esta publicacion sean mas fecundos en favor de la mujer, y nuestra ambicion en este punto no se limita á esas ventajas aisladas que algunas constantes lectoras de este periódico sacan de las doctrinas vertidas en él.

Son tantas las desgracias que pesan sobre la infeliz mujer, es tal la esclavitud en que yace, aunque encubierta bajo seductoras apariencias, que seguramente nos hallamos indecisas siempre que tomamos la pluma en la eleccion del mal que hemos de combatir, ó de la mejora que exige mas pronta reparacion, y de la que con preferencia nos debemos ocupar. Hoy pues han guiado nuestra eleccion las instancias de algunas suscriptoras de noble corazon, que no pueden considerar sin lástima profunda á esa mi-

sera clase de mujeres degradadas que viven en la afrenta, que se alimentan del fruto del oprobio, y de la cual ya en otro artículo nos ocupamos; mujeres que causan horror é inspiran odio, pero que por lo mismo deben escitar mas nuestra compasion, como inspiran la de las damas dignas de su alta posicion que nos invitan á que en nuestro periódico nos ocupemos seriamente, si no de cortar el mal de raiz, porque esto escede á nuestras fuerzas, de los medios de atajar sus funestas consecuencias, y de impedir que tantas jóvenes puras é inocentes caigan diariamente en esos abismos del vicio y de la corrupcion.

Asunto harto serio y grave es este, asunto que quizá exige conocimientos y facultades superiores á las que poseemos nosotras pobres y desconocidas mujeres, que no contamos mas que con nuestra voluntad decidida; pero que ni nuestra falta de medios nos arredra, ni hemos desconfiado un punto de que tan noble intento hallara la proteccion que necesita para dar los resultados que nos proponemos.

Arrancar de ese inmundo piélago del vicio á las infelices envejecidas en él, purificar sus almas de la escoria del vicio con que se hallan manchadas, moralizarlas en fin, si bien es una obra santa y sublime, no es la obra de un dia, ni de quien como nosotras cuenta con muy escasos recursos; pero proponer los medios de impedir que las seducciones de los hombres, auxiliadas por la miseria de las víctimas, por el furor del lujo y por la corrupcion de costumbres de la época, sean arrastradas diariamente mil y mil inocentes á esos abismos del vicio, esto ya nos es dado intentarlo, confiadas en que nos ayudarán en nuestra empresa las señoras de alta consideracion que nos estimulan á emprenderla, honra

de las damas españolas, y cuyos nombres daremos á conocer al público á su debido tiempo, confiando nosotras en que si con este intento salimos, si de las primeras dificultades triunfamos, los resultados serán quizá mayores y mas estensos de lo que ahora nos prometemos.

Para corregir un mal lo primero es conocer su origen, para atajarlo en su nacimiento. El abandono de la educacion moral de las jóvenes, el instinto del lujo que imprudentemente se inculca en ellas por sus propios padres desde que tienen uso de razon, cualquiera que sea su clase y fortuna, y la falta de medios de ganar la subsistencia con su propio trabajo, unido á las constantes asechanzas que los hombres emplean para corromperlas, esplotando su propia vanidad y su miseria, este es pues el origen de la perdicion de tantas jóvenes que diariamente van á poblar las cloacas inmundas de la prostitucion.

En las grandes poblaciones, que es donde esos focos de corrupcion existen, y donde el proselitismo del vicio se ejerce como oficio lucrativo, es tambien donde su represion puede y debe intentarse, pues en ellas es donde abundan los elementos para oponer á los establecimientos del vicio los de la virtud; en ellas pues debe ponerse á la corrupcion un valladar, ejercerse el proselitismo de la virtud, luchar y confundir y triunfar del vicio.

Convencidas de esta verdad, conociendo la necesidad urgente de un establecimiento que reuna esas condiciones y alentadas por varias suscriptoras, no vacilamos en proponer la fundacion de un asilo donde las jóvenes encuentren instruccion, trabajo y moralidad, un asilo en fin donde hallen la proteccion necesaria para cruzar su juventud sin perder su inocencia y para establecerse honrosamente.

Este establecimiento cuya fundacion proponemos, limitado ahora á los términos indicados, puede ser con el tiempo origen de otro que se estienda á arrancar á las infelices que yacen en la degradacion de su miserable estado.

Por hoy concluimos aquí, dejando para el número siguiente el esponer las bases de esta casa de asilo, para cuya fundacion contamos con el auxilio de las señoras que á proponerlo nos estimulan, y con la cooperacion de cuantas damas de noble corazon lamentan la perdicion de tantas jóvenes que protegidas hubieran sido honra de su sexo, y por verse abandonadas son su oprobio.

A JESUS CRUCIFICADO. (1)

¡Oh dulce Jesus mio,
Esencia de ternura,
Perdona el extravío
Fatal del hombre impío
Que causa tu amargura!

Tú, que eres soberano
Señor de tierra y cielo,
En tu angustioso duelo
Buscas do quier en vano
Miradas de consuelo!

No existe un alma sola
Que con afan profundo
Consuele al moribundo,
Al mártir que se inmola
Para salvar al mundo!

Solo una madre triste
Llora el atroz quebranto
Del hijo sacrosanto,
¡Y tú nos redimiste
Al precio de su llanto!

No te bastó piadoso
Sacrificar tu vida
Por el mortal doloso,
Que abriste cruda herida
En su alma dolorida!

El pecho te devora
Su horrible desconuelo,
Y el hombre te desdora
Cuando tu madre llora,
Y no calmas su duelo!

Mírala ¡oh Dios! ¡cuán bella,
Cuán triste á tus piés gime!
Escucha su querella
Y de tu acción sublime
Desiste, oh Dios, por ella!

Ayl vale mas su llanto
Que el bien del hombre impío:
Calma su atroz quebranto
Tú que la adoras tanto,
Piadoso Jesus mio!

Es madre! en tí cifraba
Su orgullo y su cariño:

(1) No habiendo llegado antes á nuestras manos esta poesia y la oda á Jerusalem que en otro lugar insertamos, á pesar de haberlas remitido oportunamente sus jóvenes autoras, no pudimos publicarlas en nuestro número anterior. Hoy lo hacemos tanto por el gusto que tenemos en ello, como para que nuestras amables colaboradoras no tomen á desaire lo que ha sido únicamente efecto de una estraña coincidencia.

Recuerda cual te amaba
 Cuando eras tierno niño
 Y amante te amparaba.

Es madre! nunca el pecho
 Fué de una madre fuerte,
 Y de pesar deshecho
 Llanto de sangre vierte
 Al ver tu horrible muerte.

¡Oh triste moribundo!
 Tu corazon batalla
 Entre su afan profundo
 Y la salud del mundo,
 Y de dolor estalla.

Mas la balanza cede
 Por el mortal nefando,
 Y el que salvarse puede
 Prefiere que espirando
 Salvado el mundo quede.

¡Mirad su rostro hermoso
 De palidez cubierto!
 ¡Ved su costado abierto,
 Do ya no late yerto
 Su corazon piadoso!

¿Qué os dice ese semblante?
 ¿Qué os dice esa agonía?
 Oid su voz amante
 Cuando á la turba impía
 Paz y salud envia.

Su acento postrimero
 Es de perdon y olvido,
 Y ruega al mundo entero
 Que llore arrepentido
 Sobre su pecho herido!

Ay! esa sangre pura
 Que de su seno brota
 Esencia es de ternura,
 Y labra cada gota
 Mil siglos de ventura.

Llanto de amor derrama
 Muriendo sin consuelo,
 Y la amorosa llama
 Que el corazon le inflama
 Alumbra tierra y cielo.

¿Quién no amaré ferviente
 A Dios tan bondadoso?
 ¿Y el mundo irreverente
 Osa escupir la frente
 Del que le dió el reposo?...

No, no: venid precitos,
 Y al pié del leño santo

Llorad su atroz quebranto,
 Que borra los delitos
 El amoroso llanto.

Sus brazos siempre abiertos
 Están para el que llora;
 Su voz consoladora
 Ofrece bienes ciertos
 Al alma que le adora!

Hermanos, la rodilla
 Ante la cruz doblemos,
 Que salvadora brilla:
 Hermanos, adoremos
 Al mártir sin mancilla?

Venid: dulce ternura
 Tan solo os pide amante
 En premio á su amargura:
 ¿No veis como anhelante
 Os llama con dulzura?

Venid los que en el suelo
 Visteis tal vez pagado
 Amor con desconsuelo,
 Que él busca al desdichado
 Con paternal desvelo.

Amor pide ferviente,
 Amor tan solo implora;
 Dejad al inclemente
 Mundo que así os desdora,
 Y amad al que os adora!

Suba á su trono hermoso
 Vuestra oracion sumisa,
 Y el Redentor piadoso
 La acojerá gozoso
 Con celestial sonrisa!

Venid: Jesus al alma
 Que en él cifra su anhelo
 Otorga aquí la calma,
 Y luego eterna palma
 En su mansion del cielo!

Angela Grassi.

LAS TAITIANAS,

BELLEZA, TRAGE, GUSTO POR LA MÚSICA, DANZA.

(Hojas sueltas del diario de un oficial de Marina.)

(Continuacion.)

Las Taitianas aman apasionadamente la música, retienen fácilmente todas las piezas, tienen el oído y la voz notablemente afinados y cantan en coro con encantadora armonía. No me sorprendió poco la primera vez que bajé á tierra oírles cantar en las calles

la serenata de Schubert y la *Casta Diva*, ó bien *La Marsellesa*, *Malborough*, la *Lisette* de Beranger ú otra cosa peor, segun que sus maestros de canto son contemplativos ó vividores. Por otra parte, nada comprenden ellas de lo que cantan y hay muy pocas que saben el francés. Les repugna, y esto se concibe, cambiar su dulce lenguaje por las duras consonancias de nuestro idioma. Por la noche, desde que el sol ha sumergido en las ondas su brillante faz, se oye salir de entre los jardines de la *Pequeña Polonia*, barrio poblado en su mayor parte por oficiales, los sonidos de una orquesta impaciente. Cada cuerpo provée su contingente: la administracion procura el violin, la infantería el bajo, la medicina la flauta y la marina el cornetin de piston. Entrad, porque la puerta se abre para todo el que es caballero. En un largo salon cuyo mobiliario se compone de un banco de madera, y donde dos humeantes lamparillas componen todo su alumbrado, vais á ver á las mas bonitas Kanacs de la ciudad y sus cercanías: admiraos del vigor con que ejecutan la *pourita* (polka), cómo se deslizan ligeramente en el vals á dos tiempos, el entusiasmo con que bailan nuestros graves rigodones, y notad como los profesores jóvenes parecen soportar con alegría los rigores de la ausencia.

Mas no se crea que los bailes franceses les han hecho olvidar sus bailes indígenas: antes bien todas las variedades del *oupa-oupa* alternan con los valeses y las polkas. Al salir del baile no os asombreis mucho si os sentis agarrado por el cuello ó por los brazos por una ó dos mozuelas, que os obligarán de bueno ó mal grado á que las conduzcáis á sus casas: por mas que hagais ó digais seguro está que os suelten, y si es preciso pasar un río os cargarán sobre sus hombros, pero no por eso dejareis de ir hasta la puerta de sus casas. Al llegar á ella podeis quedaros allí ó marcharos. Esto proviene de que desde el cañonazo que se tira á las ocho de la noche no pueden andar por las calles los indígenas; de lo contrario todo Kanac, sea hombre ó mujer, que sea encontrado por los *mutois* (gendarmes), si no puede refugiarse bajo el ala protectora de un europeo es conducido á la prision, de la cual no saldrá sino pagando la multa de un peso.

Los mismos goces se repiten cada noche y el dia se pasa entre el baño, el reposo y la siesta, de modo que no hay un pueblo en el mundo que descienda mas dulce y descuidadamente el río de la vida. Así lo dijo Cook hace setenta y cinco años, y respecto de

esto no se nota variacion desde entonces acá. En los dias solemnes se representan gigantescos *oupas-oupas* en la plaza del gobierno, tomando en ellos parte toda la juventud indígena de las cercanías. La mas original de esas danzas es seguramente la *paí-aoué* (buque de vapor). Siguiendo la costumbre de todos los pueblos primitivos, los Kanacs conservan en sus cantos y en sus danzas la tradicion de todos los acontecimientos que han llamado vivamente su atencion, y así es que solo en sus antiguas canciones es donde puede hallarse aun algun recuerdo de su pasado. ¡Qué otro prodigio moderno pudiera maravillarlos tanto como un buque de vapor! Así fué que el prodigio pasó inmediatamente al dominio de la danza y de la cancion.

Para bailar el *paí-aoué* se colocan los actores en dos filas prolongadas, los hombres á un lado y las mujeres al otro; luego ambas hileras se unen conservándose por sus extremos como para figurar la curva de interseccion de un buque sobre el plan de la línea del agua. En el centro se coloca un hombre alto, que por medio de un gran canuto de bambú arroja al aire bocanadas de humo, representando así la chimenea del vapor, y dos grupos de bailarines colocados en los flancos imitan las ruedas.

Así dispuestos se da la señal, y á indicacion del hombre-chimenea las ruedas empiezan á agitarse moviendo rápidamente los brazos, las piernas y el cuerpo. Mientras el resto del buque marca el compás con un canto lento y monótomo, acompañado de palmadas, la inmensa máquina comienza á funcionar yendo hácia adelante, hácia atrás, á babor, á estribor, haciendo en fin toda clase de evoluciones como las haria un vapor maniobrando en una rada.

(Se concluirá.)

ODA

Á JERUSALEN EN LA MUERTE DEL SALVADOR.

Oh pueblo malhadado,
 Deten el rudo golpe, y con impía
 Ira y furor malvado
 No derrames la sangre de ese justo;
 Porque desde este dia
 Como fuego candente
 Gota á gota caerá sobre tu frente.
 ¡Ay infeliz! ¿Qué has hecho?
 Conduces á tu Dios escarnecido
 De tí mismo á despecho?

Qué vértigo infernal tu mente embarga?

¡Sarcasmo maldecido

Loa tu accion cruenta!

Quién lavará tu mancha? ¿Quién tu afrenta?

¿Y corres anhelosa,

Muchedumbre precitas, fatigando

Con la voz clamorosa

El viento mugidor? ¿Y ébria de sangre,

En el crimen infando

Quieres aun sumejirte,

Y tú misma á tí misma maldecirte?

Jerusalen, contempla

Al hombre-Dios pendiente de un madero,

Y ese tu rigor templa;

Que de tí condolido humilde esclama

Con eco lastimero:

«Perdona, Padre pio,

A mi pueblo infeliz, al pueblo mio.»

¡Ingrato! y desconoces

A ese tu Salvador? ¿Y le atormentas

Con martirios atroces?.....

Ya no existe, infeliz! Y aun tu locura

Con horror acrecientas,

Hiriendo en el costado

El cuerpo tantas veces destrozado!

Tiembla, tiembla, infelice;

La túnica del templo desgarrada

Tu infortunio predice:

Ya la tumba abandonan los que fueron,

Y con la faz manchada

Turbio el sol se oscurece,

Y en tinieblas el mundo se estremece.

Cecilia.

Hemos visto el prospecto de EL FANAL DE LA MUJER, periódico escrito por una sociedad de señoras y dedicado á su sexo, que verá la luz pública en Logroño.

Nosotras, que iniciamos los periódicos fundados y escritos por mujeres y dedicados á nuestro sexo, hemos tenido una satisfaccion completa al ver que las damas de Logroño, prescindiendo tambien de ridiculas preocupaciones se proponen seguir nuestro ejemplo. Confiamos en que EL FANAL DE LA MUJER será digno del noble objeto á que se dedica, y lo recomendamos á nuestras lectoras, que esperamos alienten con su suscripcion esta publicacion, que sin duda contribuirá eficazmente á mejorar la triste suerte de la mujer.

No se arredren pues nuestras cólegas con las dificultades y sinsabores que su proyecto les ha de ocasionar, alentándose con el noble fin que se proponen, si las contrariedades anexas á su empresa debilitasen algun dia su propósito; y sigan en su empeño hasta que obtengamos la mejora de la condicion de la mujer, que ambas redacciones nos proponemos.

Continuamos hoy la referencia de la aventura ocurrida al padre de una nuestra amable suscritora, que consiguiente á la oferta que nos hizo en su carta que publicamos en el número anterior, sigue hoy la relacion que quedó suspendida en el número 27, correspondiente al 1.º de febrero.

El vigilante cuidado del doctor no le dejó mucho tiempo disfrutar del sueño á que le rindió el cansancio. Levantóse pues, y salió al gabinete ó despacho, donde ya no ardía la lámpara, sino que se hallaba iluminado por la luz de la aurora, que penetraba al través de gruesos cristales de colores por claraboyas en forma de estrellas, abiertas en la bóveda. Decidido á no atormentar su imaginacion para aclarar las dudas que á cada momento le inspiraban los misterios de aquella oculta morada, no se paró á discurrir por qué rara estructura se hallaba iluminado por la luz natural lo que habia tenido hasta entonces por un subterráneo. Abrió la puerta del gabinete y al punto se presentaron los dos criados que quedaron en la antesala, los que le condujeron á la habitacion de la enferma.

Hallábase esta tranquila; el sueño la habia re- puesto, pero el doctor advirtió al través de la aparente serenidad de su rostro un dolor profundo, que no pudo ocultarse á su penetrante mirada. Su hija, aquella jóven que vimos arrodillada á la cabecera de su cama, se hallaba en el mismo sitio, aunque sentada en unos cojines de terciopelo: á los piés de la cama velaba la jóven blanca primera á quien vió el doctor en la cueva con las dos jóvenes que ya conocemos.

Las miradas de María se fijaron en el doctor desde el momento en que se acercó á su madre, y le interrogaban acerca del estado de esta. Nuestro médico, que comprendió su ansiedad, se volvió á ella y la tranquilizó.

—Verdad que estoy mejor, doctor? le dijo la anciana; se lo he repetido á mi hija varias veces, pero no quiere creerme.

—Su escesivo cariño, señora, contestó el doctor, le hace dudar; pero á mí me creerá, y yo le ase-

guro que por ahora el peligro grave pasó.

—¿Lo oyes, María, lo oyes? ya puedes tranquilizarte; avisa á tu hermano para que pase á hablar con el doctor, y ve á descansar algunas horas.

—Madre! estoy bien aquí; aquí reclinada al lado de V. descansaré mejor ahora que estoy mas tranquila; mi hermano espera ya á este caballero; le conducirá Isabel.

El doctor preparó una bebida confortante, que encargó tomase inmediatamente la enferma, y salió guiado de aquella jóven primera que en aquel misterioso albergue le recibiera, despidiéndose hasta mas tarde de la anciana y de su hija.

Después de atravesar varias galerías y un suntuoso salon, alumbrados por la luz natural que penetraba tambien al través de cristales de colores por claraboyas abiertas en las bóvedas en forma de estrellas, llegó á un gabinete de forma elíptica; sus paredes eran de mármol blanco con bajos relieves de flores; sobre el friso, de jaspe de Granada, se extendía una cornisa de bronce dorado con letreros árabes.

En aquel gabinete esperaba un jóven que escasamente contaria veintiseis años: su estatura apenas era mediana, y sin embargo eran tales las proporciones y esbeltez de su cuerpo, tal la majestad derramada en toda su figura, que imponía á primera vista; habia en su mirada, en su continente todo, tanta nobleza, tanta dignidad, y á la vez tanta melancolía, que no se le podia ver sin sentirse atraído, dominado por aquel hombre. Así pues nuestro doctor, por mas acostumbrado que estuviese al trato del mundo, por poco que á causa de su esperiencia y talento concediese á las apariencias, no pudo resistir al influjo que aquel jóven ejercia, y se vió como magnetizado por su presencia, tomando con cierto embarazo un sillón á su lado y preparándose á escucharle.

La historia de aquella familia, que nuestro médico oyó de boca de su último descendiente, la trasladó con toda fidelidad al papel, y con su anuencia nos la ha remitido autorizándonos para publicarla: en ella se halla la descripción del subterráneo, se describen todos los que al médico parecian misterios y le volvian loco, y juzgando que su lectura ha de agradar sobremañera á nuestras lectoras, empezaremos su publicacion en el próximo número.

Escriben de Gibraltar con fecha 30 del pasado que ha llegado á aquella plaza la Srta. D.^a Carolina

Coronado. La distinguida poetisa ha sido recibida con la mayor distincion por el cónsul de los Estados- Unidos y toda su familia, en cuya casa se celebrará el enlace de nuestra compatriota con el jóven secretario de la legacion de los Estados- Unidos en Madrid. El Ilmo. señor obispo católico de Gibraltar bendecirá á los desposados, con todas las condiciones y ritos de la iglesia católica, cuya religion profesan el cónsul anglo-americano y su respetable familia.

He aquí, dice un periódico, algunos pormenores sobre los trajes de majas con que varias damas se presentaron el domingo último en la corrida de toros:

La duquesa de Medinaceli vestia un traje de raso carmesí, corpiño igual, y hombrillos y adornos de azabache y terciopelo negros; mantilla de terciopelo carmesí con franja negra, y un zorongo del mismo color del vestido con borlas de plata. La duquesa de Feria llevaba un traje igual al de su hermana, con la diferencia de ser de color celeste. El vestido de la duquesa de Alba era de moaré blanco con los hombrillos y adornos de coral, zorongo encarnado, mantilla de paño de seda con tiras de terciopelo negro, y dos rizos á cada lado sujetos con alfileres de brillantes. La condesa de Teba llevaba traje de moaré rosa con adornos de felpa negra, corpiño de paño de seda negro con hombrillos y golpes de felpa color de rosa. La señora viuda del general Alvarez vestia traje de moaré verde con encajes negros, corpiño de raso negro con hombrillos y golpes verdes, y mantilla de encaje blanca.

Cosmético excelente contra los paños y eflorescencias de la cara.—Receta: de borax, 40 granos; agua destilada de rosas, media onza; idem de flor de naranjo, igual cantidad. Disuélvase, y lávense las manchas y paños de la cara con un lienzo fino de hilo.

EL FANAL DE LA MUJER,

periódico escrito por una sociedad de señoras y dedicado á su sexo.

Este periódico, que verá muy pronto la luz pública en Logroño, saldrá todos los domingos. Cuesta en Madrid 5 rs. por tres meses, y se suscribe en la imprenta de este periódico, calle de María Cristina número 8, bajo, donde hay algunos prospectos.

MADRID, 1852.

Imprenta de don José Trujillo, hijo,
Calle de María Cristina, número 8.